



Próximos CfH : Martes 17 de junio / Martes 24 de junio

Comida en común "Sel et Braize" el jueves 26 de junio

El próximo año, a partir de septiembre de 2025,
el CfH tendrá lugar los jueves en la sala Hénouille.

Índice

1) Viñeta a comentar: las redes sociales.....	1
2) Chistes.....	1
3) "Historia de un Perro llamado Leal": Reple / Siete.....	2
4) "Historia de un Perro llamado Leal": ocho.....	4

1) Viñeta a comentar: las redes sociales



2) Chistes

1. Durante la ceremonia de apertura de las Olimpiadas, una rata boba sube a la tarima para pronunciar un discurso oficial ante una gran muchedumbre, pero se pone muy nerviosa y apenas puede articular palabra:
 - O... O... O... O... O...
 - Su ayudante la interrumpe con un gesto y le susurra:
 - Disculpe pero... ¡no hace falta que también lea los aros olímpicos del membrete!
2. —¡No tengo la culpa de que me haya ido tan mal el cole! —se justifica Carlos cuando regresa a casa con malas notas
 - . Lo que pasa es que me siento al final de la clase, y cuando me toca el turno de recibir las notas... ¡solo

quedan las peores!

Una rata boba le explica a su amigo:

—Tengo un perro guardián estupendo: Cada vez que oigo un ruido sospechoso, ¡despierto al perro y empieza a ladrar!

3. Dos ratas muy testarudas están una en cada orilla de un río. Entre ambas hay un estrecho puente por el que solo puede pasar una sola rata a la vez. Ninguna de las dos está dispuesta a ceder el paso, de modo que se encuentran en medio del puente, cara a cara. Entonces una de ellas saca un libro y se pone a leer tranquilamente y así tiene un pretexto para no moverse de allí. La otra tampoco se da por vencida y exclama:
—¡Ese libro no lo he leído! Cuando lo termine, ¿sería tan amable de prestármelo?
4. Un tipo acerca su coche a un paseante, baja la ventanilla y le dice:
—Disculpe, ¿podría decirme cuántas abolladuras tengo en el capó?
—Cuatro... —responde perplejo el transeúnte.
—¡Perfecto! —exclama la mar de satisfecho el conductor mientras sube de nuevo la ventanilla—, ¡tres farolas más, y en casa!
5. La condesa de la Pasta Gansa ha contratado a un nuevo chofer que conduce de maravilla, pero tiene un gran defecto: no se afeita casi nunca. Un día, harta de la dejadez de aquel hombre, la condesa le pregunta:
—Bautista, según usted, ¿cada cuánto habría que afeitarse?
Y el hombre le responde:
—Bueno, con una piel como la suya, ¡creo que bastaría con una vez a la semana, señora condesa!
6. Una rata boba va al médico y le dice:
—¿Se acuerda de mi reumatismo de hace seis años, doctor? Me aconsejó que me mantuviera alejado de la humedad.
—¡En efecto! —responde el médico—. ¿Y qué tal se encuentra?
—¡Muy bien! Pero ahora que ya hace cinco años y once meses que estoy curado... ¿cree que podría volver a lavarme de nuevo?
7. Una pareja va a cenar a un restaurante de alto copete. Cuando terminan piden la cuenta y, tras examinarla, el chico exclama asustado:
—Camarero, ¿esto es la cuenta de la cena o el precio del restaurante entero?!
8. Un señor oye un llanto desesperado en casa del vecino, famoso por su tacañería. Intranquilo, llama a la puerta y pregunta:
—¿Qué pasa? ¿Tiene algún problema?
—¡Ha sucedido una tragedia! —le responde el otro—. ¡Se me ha roto una púa del peine!
—Vaya por Dios...! exclama el señor. ¿Y usted cree que es normal armar todo este drama por una mísera púa?
—¡Ya lo creo! -responde el avaro: ¡Era la última que le quedaba!
9. Dos ratas bobas se encuentran por la calle. Una de ellas lleva puesto un guante rojo y otro azul.
-¡Llevas unos guantes la mar de originales! -comenta la primera.
-No te creas, son bastante comunes -responde la otra. ¡En casa tengo otro par idéntico!

3) "Historia de un Perro llamado Leal": Reqlle / Siete



Reqlle / Siete



Ha El día que los wingkas me quitaron todo lo que me proporcionaba alegría empezaron los años del dolor y las golpizas. Me llevaron a rastras hasta un territorio triste, no había aromas amables, no había bosques, sino unos árboles de sombra incierta y que ellos llaman pinos.

Ningún pájaro anidaba en sus ramas, ningún animal se movía al pie de sus troncos, y hasta piru, el gusano, evitaba asomar su cuerpo entre las aceitosas hojas que cubrían el suelo.

Los wingkas son seres de costumbres extrañas, no sienten gratitud hacia todo lo que hay. Al cortar el pan lo hacen sin respeto, sin agradecer al ngünemapu por ese alimento, y cuando sus bestias de metal talan el viejo bosque de siempre, no sienten el dolor de lemu, ni le piden perdón por lo que hacen.

Para ellos, desde el momento en que se me llevaron del caserío mapuche, yo debía de ser un perro especial, nunca he sabido por qué debía de ser diferente a los otros perros. Es cierto que soy grande y veloz, pero mi carne sufre como la de los demás al recibir los latigazos y también me humilla la jaula en la que me encierran, y también me hiere la cadena que atan a mi cuello.

Quisieron darme nombres extraños como Capitán o Bobby, mas jamás obedecí a tales nombres y empezaron a llamarme «perro». Mi único nombre es Afmau, porque así me llamó la Gente de la Tierra.

Más tarde quisieron que me enfrentara a otros perros en combates que ellos celebraban bebiendo un agua turbia que los torna torpes y brutales. Me enfrenté a los otros perros cautivos pero sin atacarlos. Recordaba los movimientos lentos, sigilosos de nawel, el jaguar, y los repetía mirándolos a los ojos y enseñando los colmillos. Mis tristes compañeros de cautiverio bajaban la cabeza y se alejaban con el rabo entre las patas. Entonces los wingkas nos azotaban, a ellos llamándoles cobardes, y a mí por infundirles temor.

Pasé varios veranos cortos, con sus respectivos e interminables inviernos, en la jaula, o atado a alguna de las bestias de metal que arrasaban los bosques, sin otra misión que ladrar ante la presencia de hombres ajenos a la manada, hasta que un día ocurrió algo que hizo más llevadero mi cautiverio.

Un wingka de la manada se hizo con algo, no sé qué sería, al parecer muy importante para ellos, y huyó entre la plantación de pinos. El jefe de la manada ordenó:

«¡Traigan al perro!», y me frotó la nariz con la manta del que había huido. Olía a sudor rancio, a miedo, al agua turbia que los wingkas beben, y no me fue difícil dar con el rastro. Los conduje hasta él dando rodeos, pude haberlo hecho en poco tiempo, mas descubrí que esa pequeña libertad devolvía la elasticidad a mis músculos, la agudeza a mis ojos, a mis orejas; y a medida que me alejaba de la plantación de pinos regresaban a mi olfato los olores conocidos.

A partir de ese hecho, de la captura de ese hombre, el jefe de la manada decidió que yo era su perro y ya no volví a la jaula ni a estar encadenado junto a alguna bestia de metal.

Debía permanecer siempre junto a él. Gritaba: «¡Perro, siéntate!», y yo me sentaba. «¡Perro, ataca!», y yo enseñaba los colmillos. A veces el jefe de la manada y otros wingkas salían de las plantaciones de pinos y se internaban en el viejo bosque. Llevaban sus armas de matar, disparaban y yo tenía que correr en busca de la presa abatida. Y cuando las encontraba y me hallaba frente a los cuerpos heridos, gruñía: «Te pido perdón, yarken, la lechuza», «Te pido perdón, wilki, el zorzal», «Te pido perdón, sillo, la perdiz», «Te pido perdón, maykoño, la tórtola, por la conducta de los wingkas, que matan todo lo que vuela», y destrozaba sus cuellos con mis colmillos para evitarles la dolorosa agonía.

Fui el perro. El perro del jefe de la manada de wingkas, de los que no son Gente de la Tierra. El perro capaz de seguir un rastro y de cobrar presas en las cacerías. El perro que se alimentaba de las sobras y sentía cómo los inviernos se le metían en los huesos, cómo el cansancio de una vida que ha de durar lo que el ngünemapu decida se apoderaba de él.

El día en que el jefe de la manada dijo que tenían que cazar a un indio me sentía viejo y cansado.

—¿Por qué? ¿Qué nos ha hecho ese indio? —consultó un hombre.

—Porque es un indio listo, de los que saben leer y escribir. Es muy joven, pero anda soliviantando a los mapuche, los anima a recuperar sus tierras —contestó el jefe de la manada.

—Para eso está la policía. Nosotros cumplimos expulsándolos de sus casas y ahora nuestro trabajo es cuidar las plantaciones madereras —alegó el otro hombre de la manada.

—Escúchame bien. Ese indio vio cómo matamos al longko Wenchulaf. Es un testigo, y si un día alguien investiga lo que pasó, ese joven indio al que llaman longko Aukamañ nos puede acusar y terminaremos en la cárcel. Por eso debe morir —dijo el jefe de la manada.

Yo oí el nombre de Aukamañ y sentí que la sangre corría veloz por mis venas, que mis huesos recuperaban solidez, que mis pasos podían llevarme hasta el joven que fue mi peñi, mi hermano, cuando los dos no éramos más que un pichiche y un pichitrewa, unos cachorros de hombre y de perro.

Al día siguiente, la manada de wingkas cargó en una camioneta sus armas de matar, comida, el agua turbia que los torna brutales y otros menesteres. Yo viajé con el cuerpo encogido en una jaula, pero no me importó.

Luego de un largo trayecto por caminos accidentados, el vehículo se detuvo en las laderas de un monte. Todo olía como antaño, el bosque cercano y la vegetación eran una fiesta de aromas, y también me llegaba el grato olor de la leña seca ardiendo. Muy cerca corría un río y, junto a él, había un caserío de la Gente de la Tierra. Las rukas se alineaban con las puertas principales orientadas hacia la puelmapu, la tierra del este, desde donde cada día se alza antü, el viejo sol.

La manada de wingkas empezó a bajar por el monte con sigilo. El jefe de la manada sostenía con fuerza la cadena con que me llevaba atado al cuello, tiraba de ella para recordarme el poder de su crueldad. Entonces lo vi.

Rodeado por un pequeño grupo de hombres y mujeres mapuche, un grupo de Gente de la Tierra, estaba el joven, que se cubría con el makuñ, el poncho negro y rojo —los colores de la nobleza y el valor—, tejido tal vez, así quise creerlo,



por las manos de su madre Kinturray. En la cabeza llevaba una vicha de iguales colores, y se movía con los mismos gestos de su abuelo Wenchulaf.

Aukamañ ya era un che, todo un hombre joven, y yo un trewa, un perro con mucho tiempo metido en el cuerpo.

El jefe de la manada de wingkas entregó a otro hombre la cadena que me sujetaba y levantó su arma de matar.

Entonces yo ladré con todas mis fuerzas y el disparo alcanzó a Aukamañ en una pierna. Lo vi caer y volver a levantarse. Avanzó cojeando hasta el cercano bosque. Lemu lo cobijó en su oscuridad verde y no lo vimos más.

En el suelo había sangre. Olía a la leña seca ardiendo que guardaba en mi memoria, a pan, a harina, a leche y a miel.

Así empezó la cacería que se ha prolongado hasta el anochecer, muy cerca de la orilla en la que, junto a la manada de wingkas, espero con las orejas alerta.

4) "Historia de un Perro llamado Leal": ocho



Ocho / Pura

Glossario Machupe



Amanece y sigue lloviendo. No sé si he dormido y he soñado todo lo que kudemallü, la luciérnaga, me mostró, o si he soñado que dormía. Me siento fuerte y olvido el hambre, porque antes de abrir los ojos veo la tenue luz verde de mi hermana la

luciérnaga brillando todavía bajo mis párpados.

El jefe de la manada de wingkas ordena que prosiga la cacería, que se revisen las armas de matar, que esta vez se cargue solamente el peso necesario para avanzar rápido, y reparte entre ellos unas botellas del agua turbia que los hace crueles.

—Al cañaveral no volvemos —rezonga un hombre de la manada.

—Lo rodearemos. Ya sabemos que el indio cruzó el cañaveral y sólo puede estar en el bosque de más arriba. Cuanto más suba, menos árboles habrá y antes lo veremos — dice el jefe de la manada.

El jefe de la manada tiene razón a medias. Ignora que Aukamañ, el fugitivo, no atravesó el cañaveral de koliwe, el rastro encontrado dice que lo vadeó y siguió hacia los bosques altos. Pero es cierto que, más arriba, el bosque deja de ser espeso y la presencia del gigantesco pewen, la altísima araucaria, indica que a partir de su reino empiezan las rocas, los glaciares, la casa azul de ñamku, el aguilucho, de këlikëli, el cernícalo, de mañke, el cóndor, de wenupang, el león del cielo.

Una vez más cruzo el río, nado, alcanzo la otra orilla y corro hacia la playa de guijarros y el cañaveral. No corro veloz, ahorro fuerzas, pues sé que me espera un largo camino. Llego al cañaveral, espero hasta sentir cerca los pasos de la manada de wingkas, simulo buscar el rastro oliendo el suelo, ladro y me interno entre las apretadas varas de koliwe. Ahí me oculto y espero.

Al poco tiempo oigo sus voces, sus maldiciones, sus quejas.

—El perro ha encontrado el rastro. Adelante, a rodear el cañaveral —ordena el jefe de la manada, y los veo pasar siguiendo el curso del río.

Sé que caminarán mucho hasta alcanzar los límites del cañaveral. Las cañas se expanden por la ribera húmeda, y aunque su espesura no se prolonga tanto como la del bosque infinito en la tierra plana, la manada de wingkas tendrá que avanzar fatigosamente hasta encontrar el paso hacia el bosque y el inicio de las montañas. Sin moverme, espero hasta que se hayan alejado y regreso por la orilla del río hasta el lugar donde viera las huellas de Aukamañ, el fugitivo.

Ya no hay rastro de sangre, ya sea porque la lluvia lo ha borrado o porque kollalla, la hormiga, ha transportado las gotas de sangre seca hasta el laberinto del hormiguero.

Puede ser, también, que la herida ya no sangre, y pensar en eso me conforta, pues aunque Aukamañ y yo tenemos la misma edad, él es joven, fuerte, y su cuerpo se puede reponer con rapidez.

En el bosque reina una semioscuridad, y tralkan, el trueno, deja sentir su rugido varias veces anunciando que la tormenta será larga. Esto también me alegra, pese a



que hace más difícil encontrar el rastro de Aukamañ, porque torna más dura y fatigosa la marcha de la manada de wingkas.

Así avanzo entre pelliñ, el roble de madera roja; nguefũ, el avellano de hojas fragantes; rewli, el raulí de corteza dura como la piedra, y foike, el sagrado canelo que siempre está verde. Desde las alturas, tan sólo se deja oír el canto de trikawe, el loro, entre el rumor de la lluvia.

Mis tripas se quejan de hambre, pero ignoro su protesta. A ratos bebo el agua fresca que cae desde las enormes hojas de nalca y sigo con la nariz casi pegada al suelo. De pronto me llega el reconfortante olor de la lana, busco, y entre las ramas bajas de raral, el nogal silvestre que crece a la sombra de los grandes árboles, veo una brizna de lana negra.

Esa pequeña brizna de lana huele a leña seca, a harina, a leche y a miel, huele a todo lo que perdí. Entonces, sentado sobre mis patas traseras, aúllo con todas mis fuerzas, aúllo para que Aukamañ sepa que estoy cerca y que voy a su encuentro. Aúllo porque la voz del dolor jamás se olvida.